

Gracia y Justicia, Sturbinetti.
Hacienda, Mons. Morichini.
Obras públicas, Minghetti.
Guerra, príncipe Aldobrandini Borghese.
Instrucción pública, cardenal Mezzofanti.
Comercio, conde Pasolini.
Policía, Galetti.

No puede desconocerse la importancia de la mayor parte de los sujetos que constituían el Ministerio romano; aunque no todos fueron fieles á la causa pontificia, todos reunían cualidades de inteligencia y moderación indispensables en aquella peligrosa crisis.

No tardó en publicarse el *Estatuto fundamental*.

El día 14 de marzo fue anunciada al pueblo la nueva ley; y su noticia produjo, como era costumbre en aquellos tiempos, una nueva explosión de entusiasmo.

El *Estatuto fundamental para el gobierno temporal de los Estados de la Iglesia* fue acompañado de algunas consideraciones explicativas del móvil á que su otorgamiento había obedecido, y del espíritu del Soberano al concederlo.

«En las instituciones, decía el Papa, otorgadas por Nos á nuestros súbditos hasta aquí, hemos intentado reproducir algunas de nuestras instituciones antiguas, que fueron como el espejo de la prudencia de nuestros augustos predecesores, y que la marcha de los tiempos exige adaptar á las nuevas circunstancias para reproducir el majestuoso edificio de otros días.

«Procediendo de esta manera Nos habíamos establecido una representación consultiva de todas las provincias, que debía ayudar á nuestro Gobierno en los trabajos legislativos y en la administración del país, y Nos esperábamos que la bondad de los resultados hubiera justificado el ensayo que éramos los primeros en hacer en Italia.

«Mas, puesto que los príncipes nuestros vecinos han creído que los pueblos estaban maduros ya para recibir el beneficio de una representación, Nos no queremos tener á nuestro pueblo en menor estima, ni contar menos con su reconocimiento, no ya respecto á nuestra persona, para la que nada pedimos, sino con respecto á la Iglesia y á esta Silla apostólica, cuyos derechos supremos é inviolables nos ha concedido el Señor, y cuya sombra será para nuestros súbditos el manantial más fecundo de bienes.

«...Y como en nuestra sagrada soberanía es imposible separar el interés temporal de la prosperidad interior, y el otro interés más grave aun de la independencia política del Jefe de la Iglesia, por la cual se ha conservado la independencia de esta parte de Italia, no solamente nos reservamos para Nos y para nuestros sucesores la sanción suprema y la promulgación de todas las leyes, que serán deliberadas por los sobredichos Consejos, y el pleno ejercicio de la autoridad soberana sobre los puntos respecto á los que nada se disponga en el presente acto, sino que intentamos también sostener nuestra autoridad en todas las cosas relacionadas con la religión y moral católica.

«Nos debemos esta garantía á la cristiandad entera, á fin de que la libertad y los derechos de la Iglesia y de la Santa Silla no sufran menoscabo en los Estados de la Iglesia constituidos bajo de esta nueva forma, para que no se dé ejemplo ninguno que dé margen á violar la santidad de esta Religión que

Nos tenemos el deber y el precepto de predicar al universo, como el único símbolo que es de la alianza de Dios con los hombres, como la única prenda de la bendición celestial por la que viven los Estados y las naciones florecen.»

Hemos creído muy importante transmitir los períodos precedentes del preámbulo del *Estatuto fundamental* por las graves declaraciones que contiene. Revela el Padre Santo que á su juicio los pueblos italianos, susceptibles de muchas reformas, no se hallaban bastante dispuestos á recibir las atribuciones legislativas y la plenitud de los derechos constitucionales; empero que, puesto que los príncipes sus vecinos juzgaban que podían adelantarse en el camino de las concesiones que él había abierto, les seguía hasta el término, confiado en las excelentes cualidades y virtudes cívicas de los romanos.

El *Estatuto fundamental* era una obra de prudencia.

El sagrado Colegio de cardenales, electores del Pontífice, quedaba constituido el Senado inseparable de este.

El Soberano Pontífice convocaba y prorogaba el alto Consejo y el Congreso de diputados, instituidos para discutir y votar las leyes.

Se reservaba el derecho de la disolución del Congreso de diputados.

Se reservaba la sanción de las leyes y su discusión en un consistorio secreto antes de sancionárlas.

Prohibía á los cuerpos legislativos el proponer ninguna ley relativa á negocios eclesiásticos ó mixtos, ó contrarios á los sagrados cánones, á la disciplina de la Iglesia, ó modificativos del *Estatuto fundamental*.

Vedaba toda discusión relativa á las relaciones diplomático-religiosas de la Santa Silla con el extranjero.

Confiado á las Cámaras la discusión del presupuesto nacional, declaraba «aprobada para siempre y sancionada en pleno derecho» una dotación anual de seiscientos mil duros, necesaria para el sosten del Soberano Pontífice, del sacro Colegio, de las Congregaciones eclesiásticas, para la subvención de la Congregación de Propaganda, para el ministerio de Relaciones exteriores, para el cuerpo diplomático de la Santa Silla y otros servicios indispensables.

La censura eclesiástica, establecida por las leyes canónicas, quedaba en pie hasta que el Pontífice, de su autoridad apostólica, proveyera nuevos reglamentos.

Respecto á la prensa en general, la censura preventiva quedaba reemplazada por la represiva.

Todo lo que demuestra el tino que puso el Padre Santo en no dejar vulnerables los principales puntos de la vida religiosa y moral de su pueblo, y del universo cristiano, que tiene en Roma su cátedra.

Empero Roma iba perdiendo su fisonomía patriarcal. Á ella se dirigían los turbulentos de la Italia y de las demás naciones; respirábase allí, en aquella atmósfera embalsamada por las virtudes de tantas almas religiosas, un aire de sofocante impiedad. Las prácticas de la devoción eran públicamente desdenadas, y el pueblo romano se maravillaba de verse alcázar de tantas muchedumbres sin fe, sin culto y sin Dios.

Á las edificantes peregrinaciones que al partir de todas las regiones del mundo decían: *Ascendamos á la casa de Dios*, sucedieron las peregrinaciones de los descreídos que partían al grito de: *Vamos á desalojar el fanatismo de su mas fuerte reducto*.

El Estatuto fundamental de Pio IX, ley buena como era, hubiera sin duda labrado la felicidad del pueblo romano, á no estar este completamente predominado por los hombres de espíritu y de sentimientos ajenos á la vida y al espíritu de Roma.

La ley buena se desvirtúa en malas manos.

Los descontentos por sistema no se dieron por satisfechos con el *Estatuto fundamental*; despreciando siempre las conquistas realizadas, daban relieve á la importancia de lo que deseaban conseguir.

El bello ideal del pueblo era todavía la lucha con el Austria.

Aprovechando la efervescencia causada por las noticias de las revoluciones, que cada día en diferentes países estallaban, el 21 de marzo el pueblo se reunió en la *Ripresa de Barberi*. El objeto era una demostración colosal contra el imperio de Viena.

Los discursos mas descabellados fueron pronunciados allí, á la sombra misma de las armas imperiales, distintivo de las habitaciones que ocupaba el baron Bender, agregado á la embajada austriaca.

Derribado y pisoteado aquel escudo, los revolucionarios se trasladaron al palacio Pamphili para arrancar el escudo principal de la legación. Las armas cayeron con estrépito á los golpes de la audaz hacha, mientras un lombardo, mas audaz que el cortante instrumento, enarbola en su tejado una bandera blanca, que tenia escritas en letras de oro estas palabras: *Alta Italia*.

El dardo era lanzado contra la mano imperial que sujetaba á Venecia.

Al grito de *Justicia al pueblo* el escudo imperial fue atado á la cola de un asno, paseado entre silbidos por las calles principales de Roma, y finalmente arrojado á una hoguera encendida *ex profeso* en la plaza del *Popolo*, mientras uno de los héroes de aquella escena exclamaba: «¡Ojalá pueda la cólera santa del pueblo devorar el último bárbaro, como este fuego va á consumir los vergonzosos emblemas de su poder, y veamos sus cenizas echadas al viento como pronto va á serlo el polvo de esta hoguera!»

El Gobierno pontificio no pudo hacer otra cosa que protestar contra aquel episodio selvático en un artículo inserto á la mañana siguiente en la *Gaceta de Roma*.

La moral habia sentido aflojarse todos sus vínculos; ya no habia allí autoridad sobre los espíritus; el edificio social socavado se sostenia como por un hilo misterioso.

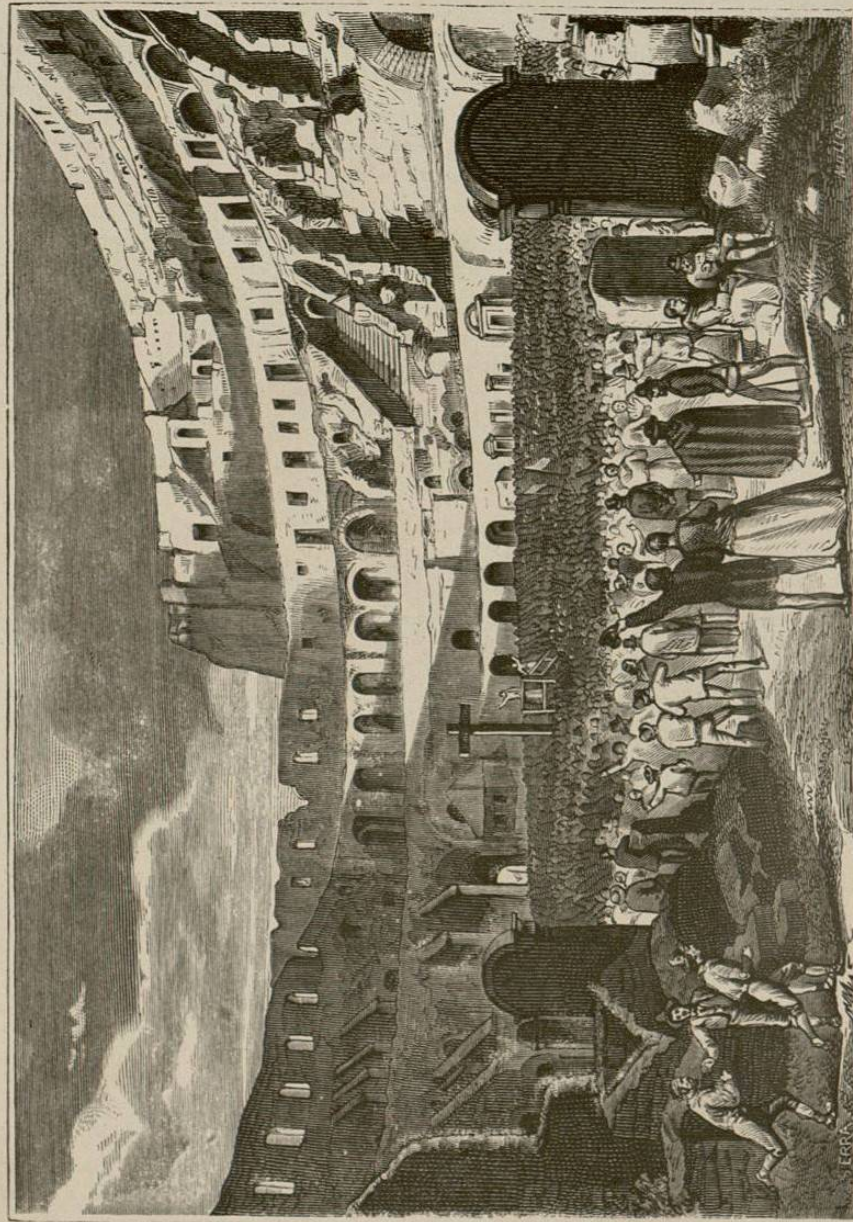
Una nueva conmoción acabó de conmover el último resto del orden.

La revolución estalló en Parma.

El Duque y toda su familia, que no habian tenido la prevision y el criterio de prevenir el golpe revolucionario que les amagaba, tampoco estuvieron dotados de la energía conveniente para encauzar el movimiento. Confundiendo la debilidad con la prudencia, dejaron á la rebelion el campo completamente libre. Las tropas fueron condenadas á la inacción por orden del mismo Duque, lo que motivó que su arrogante hijo, lleno de noble desesperacion, se presentara á su padre, y arrancándose las charreteras exclamara: «Señor, esta es la segunda vez que transigís con la revolucion, que debiérais combatir.»

La expatriación de la familia reinante fue el resultado de aquellos tristes acontecimientos.

La emancipación de Parma, que así era llamada la rebeldía triunfante, fue saludada por Roma con los acostumbrados transportes.



MANIFESTACION EN EL COLISEO Á FAVOR DE LA GUERRA.

De triunfo en triunfo la revolucion iba viendo realizarse minuciosamente su programa.

La independencia general de Italia fue el lema que desembozadamente se escribía á la vista misma de la diplomacia europea, que acababa de protestar de su firme adhesión á los tratados en que se apoyaba el equilibrio confectionado en 1815.

El 20 de marzo hubo lugar una escena de las que imprimen carácter á los anales de un pueblo. Roma se dió cita para el Coliseo de Flavio. Es aquel uno de los lugares que mas enardecen la imaginacion viva de los habitantes de Roma.

Teatro de dos heroismos contradictorios, el Circo romano es un lugar santo para el creyente, por estar chupada su arena con la sangre de los defensores primitivos de la fe, y para el hombre indiferente á la Religion es no menos respetable, porque allí la fuerza centuplicada por el arte exhibió incomprendibles prodigios de valor.

Allí presenció el mundo dos géneros de estupenda humillacion: la humillacion de los esclavos, que hincando la rodilla ante el emperador que los sacrificaba: *Cæsar*, le decian, *morituri te salutant*; la humillacion del cristiano, que, inclinando ante la cruz su frente circuida por la auréola de la inmortalidad, elevaba al cielo, con el lenguaje del corazon inspirado, esta idea tan digna como humilde:

Fac ut portem Christi mortem,
Passionis fac consortem.

Pues bien, en aquel campo de glorias y recuerdos, en aquel colosal escenario de las heroicidades gentílicas y cristianas Roma se congregó para glorificar su libertad.

Allí acudieron las muchedumbres industriales y la plebe; allí infinitos individuos de los Seminarios y de las Órdenes religiosas; allí el hábito bendito se mezclaba en santa armonía con el uniforme militar. ¡Lástima que la buena fe de los caudillos no estuviera al nivel de la rectitud de intenciones de las masas!

Cuarenta mil personas encerraban ya los vetustos muros del colosal Circo, cuando de improviso sube al púlpito un sacerdote barnabita de arrogante presencia y decididas maneras. Vestido de negra túnica, cubierto con largo y anchuroso manto, adornado su pecho con la cruz tricolor, se presenta al pueblo, descubriendo su frente despejada y varonil.

Las turbas se aprestan á atender, y no se hace esperar la palabra del *sacro tribuno*. Con sonora voz y grave acento, «Hermanos, dice, ha sonado la hora de la libertad; ¡esta es la hora de la santa cruzada! ¡á las armas! ¡Dios lo quiere!

«En otro tiempo, cuando los pueblos del Occidente quisieron conquistar el sepulcro de Aquel que de la cruz del Gólgota hizo un pedestal á la libertad, enarbolando la cruz en su pecho y el estandarte de JESUCRISTO, lanzáronse al Oriente. ¡Su causa era justa! ¡su causa era santa!... Mas justa y mas santa es la nuestra: ¡á las armas! ¡Romanos! cien veces mas bárbaro el austriaco que el musulman, se halla á nuestras puertas; como los cruzados, engalanémos el pecho con la cruz, y corramos contra el enemigo porque Dios lo quiere... ¡Sería indigno de llamarse romano el que en este tiempo, prefiriendo sus

afecciones y el interés privado al interés general, permaneciese cobardemente en su hogar doméstico! ¡Sería indigno de llamarse descendiente de los señores del mundo, heredero de los victoriosos héroes del Capitolio, el que rehusara vencer ó morir por la independencia de la Italia! ¡Sería indigna de llamarse romana y de dar hijos á la patria la mujer que retuviera en sus brazos á su prometido esposo! ¡No merecería ser madre, ó que fueran bendecidas sus fecundas entrañas, la que derramase lágrimas al partir su hijo! ¡No sería digna de ser considerada hija heroica de las matronas romanas la que cautivara con sus encantos el valor de su esposo llamado á los combates!

«Romanos, ¡vuestros antepasados conquistaron el mundo! ¿Quereis ser dignos de ellos? Responded.»

La muchedumbre contestó: «Sí, sí, queremos.»

«Romanos, ¿quereis romper las cadenas de la esclavitud y marchar impávidos á la conquista del mayor de los bienes, que es la gloria, la independencia y la libertad?

—Sí, sí, contestaron segunda vez, marchemos.

—Pues bien, hágase segun quereis; ¡á las armas! ¡romanos, adelante! ¡Dios lo quiere!»

Así habló el P. Gavazzi; aquel fue el día de su solemne *debut*, y, á decir verdad, los aplausos no escasearon al autor.

Otra figura compareció luego en aquella improvisada tribuna.

Hé ahí cómo un testigo ocular de aquella escena describió el traje del segundo orador: «El sombrero de anchas alas; el sobretodo de paño verde oscuro, forrado de piel de carnero, echado con descuido sobre los hombros; las polainas, de piel encarnada y negra, abrochadas en la pierna por medio de hebillas de latón; la chupa, de terciopelo azul, apretada con un ancho cinturón tricolor; el chaleco encarnado; calzones cortos y grandes zapatos ferrados; así iba vestido el nuevo orador, llamado Rossi, y conocido en el país por el *Pastor-poeta*. Pálido su rostro, grandes y rasgados sus ojos llenos de vivacidad, largos y caídos sus cabellos, la armonía de sus facciones y la dulzura de su palabra imponía silencio.

«No soy orador ni sábio, exclamó: soy únicamente un pobre labrador que solo conozco la historia de mi país por las ruinas que cubren sus campos. Cada una de estas ruinas trae un recuerdo, cada recuerdo perpetúa un nombre, cada nombre es un foco de gloria, un monumento imperecedero consagrado al honor de la Italia.

«La Italia, he dicho; nombre querido, nombre escrito con las lágrimas de vuestros ojos: al oírlo pronunciar vuestra mano se dirige instintivamente á vuestra cintura en busca del acero de la resurrección.

«Hermanos, la Italia os aguarda tendida en el lecho de su dolor; ella os llama, porque sois sus hijos; vuestra madre, hijos de la Italia, os pide vuestra vida, y mas que vuestra vida, os pide la libertad.

«¡Vosotros podeis dársela! ¿Seréis insensibles á su llamamiento, hijos de la Italia?

«Responded.»

Y el pueblo respondió:

«No, jamás.

—¿Cerraríais los ojos para no ver sus lágrimas y los oídos para no escuchar su voz, hijos de la Italia?

—No, no, jamás; viva la Italia.»

Con hechizante elocuencia el orador evocó todas las pasiones de aquellas masas que se creían congregadas para transformarse en un gran pueblo.

Al Pastor-poeta sucedió en la tribuna Massi, un secretario del príncipe Canino. Con toda la lozanía de la juventud y la riqueza de una dición pródiga el tercer orador evocó las grandes figuras de la historia italiana.

Como si á su llamamiento ardiente resucitaran de sus sepulcros, uno tras otro aparecieron Dante, el Petrarca, el Tasso, Miguel Ángel, Rafael, el Perugoleso, Galileo, la corte de artistas y demás celebridades que honraron los siglos de la patria de los Pontífices.

Á Massi sucedió otro jóven sacerdote: «Acudo, dijo, al llamamiento de la patria; cuando esta se halla en peligro, el clérigo vuelve á ser hombre. Dejo hoy los hábitos de levita del Señor por el uniforme del soldado, el Crucifijo por el acero de las batallas, y los deposito al pié de los santos altares para tomarlos de nuevo el día de la libertad, en el supuesto de que Dios no me llame á sí antes del triunfo.

«Solo tengo una alma, y mi alma pertenece á Dios; solo poseo un corazón, y este pertenece á la Italia; dos brazos tengo, el uno será para combatir á los bárbaros, el otro para bendecir á los fieles que sucumban.

«Hermanos, ¡viva la Italia!»

Estas incisivas imágenes excitaron una fiebre de aplausos.

Luego apareció en escena el general Durando, y tras este un sacerdote francés llamado Estéban Dumaine. De rostro demacrado y enfermizo color, revelaba un espíritu robusto en un cuerpo débil. Su palabra calenturienta al salir de su pecho se ahogaba en los labios convulsos. «Yo vengo, dijo, á representar los sentimientos de la Francia libre, de esta hermana siempre adicta á la Italia; yo vengo á recordaros la fraternidad de ambos pueblos, tal cual la historia nos la presenta.» Lamennais y Gioberti, Ledru-Rollin y Mazzini, Lamartine y Sterbini se le presentan como tres gráficas parejas que significan la alianza y el mas íntimo consorcio de la Italia y de la Francia. «Por esto, decía, porque la suerte de ambos pueblos es idéntica, porque ambos no tienen sino un corazón, si París se mueve en febrero, en marzo se insurrecciona Milán. ¡Italianos, los franceses estamos en marcha, seguidnos!»

«Vamos,» exclamó el pueblo.

Con sorpresa unánime subió al *púlpito-tribuna* el general Ferrari; su alocución fue helada, porque solo pareció llevarle allí una preocupación económica; habló al pueblo de los alimentos que necesitaba y de la paga que exigía para guerrear. Mas el pueblo, desdeñando estas pequeñas cuestiones, clamó: «No queremos oro, sino hierro y pan.

—Una y otra cosa os será otorgada, replicó el General; el pan es el músculo de la guerra, el dinero es el nervio; ¿os contentaréis con 15 *bajocchi* diarios cada uno?

—¿Qué nos importa? replicó el pueblo; el oro á los esclavos, el acero á los hombres libres; aparte estas cuestiones, pan y acero nos bastan.

—Pues bien, ya que sois tan excelentes ciudadanos, continuó Ferrari, no tendréis sino 10 *bajocchi* diarios.»

La escena era degradante; Sterbini lo comprendió; lanzóse como una saeta al púlpito para reanimar el espíritu fastidiado por las minuciosidades del General. Sterbini apuntó la ballesta á los palacios y á los conventos. «En unos y

otros, dijo, reside la esplendidez y la opulencia; hirámosles en su fortuna á esas inutilidades de la especie humana.

«Á los hombres del pueblo corresponde el sacrificio de la sangre; á los privilegiados por el nacimiento el sacrificio de la riqueza; y pues que estos últimos, debilitados por la prosperidad, no son bastante hombres para guerrear por la patria con sus personas, costeen la lucha con sus bienes.

—Sí, sí, exclamó la muchedumbre, que paguen los ricos los combates de la Italia.

—Los pagarán, sí; y todavía será bello el espectáculo que daremos al mundo; la nobleza y el clero serán los banqueros de la guerra de la independencia italiana.»

En aquel momento el P. Gavazzi reapareció en la tribuna.

«¡Aguerridos romanos! gritó; los discursos que acabais de oír, los oradores que se han sucedido en este lugar, hoy mas sagrado que nunca (1), ¿han esclarecido vuestro corazón? ¿Veis la luz? ¿Estais convencidos de la necesidad de correr á las armas? ¿Sentís, con la fuerza del hombre que quiere hacerse libre, el valor fruto de las grandes acciones, y la voluntad que convierte á los débiles en invencibles?»

Las muchedumbres contestaron: «Sí, ya vemos claro.»

«Cumplid, pues, vuestro destino; apelemos á Dios y á su representante en la tierra, que cuanto antes os bendecirá como ha bendecido ya á la Italia.

«¡Romanos, desde hoy en adelante sois el verdadero pueblo rey!

«¡Viva el reinado del pueblo!»

«¡Viva, viva!» repitió el pueblo.

En aquel instante representóse allí una de las escenas mas conmovedoras que ha presenciado jamás una muchedumbre ya hechizada. Junto á la tribuna estaba en pié un hombre alto y robusto, teniendo á su lado un jóven de unos diez y siete años. Padre é hijo escuchaban la palabra que de la tribuna descendía, como poseidos de un embargante fervor. Transportado el espíritu de ambos á las regiones del porvenir, que desarrollaban en la imaginacion de los oyentes, los electrizantes tribunos habian sabido expresar en la fisonomía y en la actitud la emocion de que se hallaban poseidos.

El P. Gavazzi suspende su peroracion, como sorprendido de encontrar un fiel tan devoto de su palabra humana; pasea sus miradas por el rostro, por el traje, por la actitud del maduro espectador, y como cediendo á una inspiracion inesperada, cambiando de voz y de tono: «Acércate, le dice, ¿quién eres?

—Soy el amigo del pueblo, contesta con decision.

—¿Cómo te llamas?

—Angelo Brunetti Cicernacchio.

—¿Á qué vienes?

—Á inspirarme en vuestras palabras.

—¿Y luego?

—Á cumplir con mi deber.

—¿Cuál es tu deber?

—Exterminar los bárbaros, y dar la libertad á mi patria.

—¿Qué harás para conseguirlo?

(1) El P. Gavazzi llamó aquel lugar mas sagrado que nunca en aquella situacion; sin embargo, aquel era el púlpito desde donde todos los viernes un Padre franciscano recordaba, y aun recuerda á los fieles, el sangriento drama de la pasion del *Hombre-Dios*, el Redentor, ya no de la Italia, sino de todos los pueblos, y sobre todo el Redentor de nuestras almas.

—Pelear, vencer ó morir.

—¿Quieres partir luego?

—Quiero que la Italia sea libre y partiré.

—Pues no partirás. Cada cual tiene su puesto señalado, y el tuyo está aquí, en Roma; en Roma, enténdelo, que los tuyos confian á tu custodia.

—Entonces me quedaré, empero á condicion de entregaros mas que á mi mismo; recibid mi sangre; yo la ofrezco á la patria.»

Al decir esto Cicernacchio tomó entre sus brazos á su jóven hijo, y arrojándolo en brazos del P. Gavazzi, «Este es mi hijo, exclamó, es decir, era mi hijo; ya no lo es, no tiene padre, solo tiene una madre, la Italia; yo lo entrego á su madre, personificada en vos en estos instantes.»

Gavazzi contemplando al hijo exclamó: «Bello es, él será digno de su padre.»

Preparada ó improvisada, es cierto que esta escena produjo un efecto incomparable. La ternura se habia posesionado de todos los corazones; el pueblo ya no vitoreaba, únicamente lloraba.

El P. Gavazzi, aprovechando aquellos momentos de misticismo patrio, terminó aquel grandioso y fecundo acto con estas arrebatadoras frases:

«¡Romanos!

«¿Veis estos sillares, estas columnas truncadas, estas antiguas ruinas, estos capiteles esparcidos? Son otras tantas mesas que la patria levanta delante de vosotros para recibir los nombres de los fuertes y de los valerosos. Estos nombres inscritos en el corazón de los italianos serán mas duraderos que si fueran grabados sobre páginas de mármol, de bronce ó de cobre. Ahora ¡oh romanos! ¡en pié! debajo la bóveda del cielo que nos envia los mas bellos rayos del sol, en presencia de Dios que nos ve y lee en nuestros corazones, en presencia de los hombres que nos escuchan, delante de esta cruz, simbólico emblema de la libertad, en esta tierra santificada por la sangre de los Santos y de los Mártires, juremos todos no volver á entrar en Roma hasta haber degollado el último de los bárbaros!»

Cuarenta mil manos se levantaron á un solo impulso hácia la cruz erigida en medio del Coliseo, en ademan de prestar el apetecido juramento.

Al ocuparse de lo acontecido en aquel dia un historiador imparcial exclama: «¡Jamás elocuencia alguna política tuvo mas hermosos movimientos! ¡Nunca hubo asamblea popular mas imponente! Empero á esta elocuencia le faltaba la primera de las condiciones, la verdad; del mismo modo que á la asamblea le faltaba la primera de las virtudes, la fe.»

De todos modos, aquel brillante testimonio de vida probó hasta la evidencia que aquel pueblo, dirigido y encaminado por un criterio ajeno á las pasiones desorganizadoras, era capaz de obrar prodigios políticos, y de conquistar con la fuerza moral un puesto digno en el congreso de las naciones.

Al salir del Coliseo la muchedumbre se dirigió al Quirinal. Todas las manifestaciones populares habian de terminar en Roma con una bendicion pontificia. La escena del anfiteatro de Flavio habia sido demasiado solemne para que le faltara la bendicion papal.

Extraña mezcolanza de actos y aspiraciones. ¡Pretender que acabara con una bendicion papal un acto en que se habian flechado las mas bellas instituciones del Catolicismo, y en que de rechazo se habia herido á la misma mano que debia bendecir, revela indudablemente inconcebible ligereza!